

CONVIVIR CON EL INTRUSO¹: EL ENCUENTRO MATRICIAL EN EL TRASPLANTE DE ÓRGANOS

Margarita Saona Ugarte*

Lo ajeno en el propio cuerpo

Acababa de cumplir 50 años cuando tuve mi primer episodio cardiaco. Yo, que me consideraba fuerte e independiente, tenía insuficiencia cardiaca. Unos meses más tarde sobrevivía únicamente gracias a dos aparatos de asistencia ventricular que hacían el trabajo que mi corazón era incapaz de hacer. Mi existencia dependía de una red de cuidados que disipó cualquier ilusión de autonomía que yo hubiera podido tener hasta entonces. Meses más tarde me otorgaron el órgano de una persona muerta, para que yo pudiera seguir con mi vida. El tema es, por lo tanto, personal para mí. Una gran parte de la experiencia supuso preguntarme qué quería decir yo y qué era ser una persona. Si mi corazón había fallado y mi cuerpo debía ser operado por máquinas, si necesitaba que extrajeran el corazón de un cadáver para injertarlo en mi cuerpo, las palabras *yo, mío, alguien, Otro, ajeno*, ya no tenían el mismo sentido, eran inadecuadas.²

* PhD, Universidad de Columbia. Profesora de literatura y cultura latinoamericana en la Universidad de Illinois (Chicago). Trabaja en temas de memoria, cognición, empatía y representación en la literatura y las artes. Está interesada en temas de salud y humanidades médicas. Ha publicado varios libros y actualmente está trabajando en una memoria titulada "Corazón en trance".
<saona@uic.edu>

1. El presente ensayo es una traducción y adaptación de Saona, Margarita. "Carrying L'Intrus: The Transport-Station of an Organ Transplant." *Psychoanalysis, Culture & Society*, vol. 27, no. 4, 2022, pp. 546-62, <https://doi.org/10.1057/s41282-022-00325-w>.
2. Soy consciente de estar utilizando una serie de términos complejos tanto para la filosofía como para el psicoanálisis. El significado de palabras como *ego, yo, sujeto* y *Otro* ha variado en ambas disciplinas. Usaré la palabra *yo* como la imagen de las propiedades físicas y psicológicas que dan un sentido de identidad y continuidad y que le permiten a alguien concebirse como persona. Tanto Jean-Luc Nancy como Ettinger usan estas palabras de manera elusiva, sin ofrecer definiciones. Para Nancy, el *yo* deviene tal —existe— solo en presencia de un *Otro*. Por su parte, Ettinger

Muchas experiencias traumáticas, inclusive otros trasplantes orgánicos, pueden tener un efecto alienante comparable al que describo. El hecho de que el trasplante cardíaco en nuestros días requiere que el donante haya muerto agrega un elemento significativo a la experiencia: nunca veré el rostro de mi donante y, sin embargo, una parte suya sobrevive en mi cuerpo, en mí, y, potencialmente, en otras personas que podrían haber recibido otros órganos o tejidos suyos. A mi vez, yo sobrevivo solo gracias a esa parte ajena que ahora me habita.

El ensayo *El intruso* de Jean-Luc Nancy (2000) es probablemente el texto que mejor ha expresado lo inquietante (*unheimlich*) de un trasplante cardíaco. En un lenguaje al mismo tiempo áspero y hermoso, Nancy explora experiencias que comparto: la alienación del propio cuerpo enfermo y la pregunta acerca del yo cuando de pronto un órgano ajeno se incorpora biológicamente al sustento material de lo que soy. Sin embargo, fue la lectura de Bracha Ettinger (2006) acerca del trauma como espacio de encuentro la que iluminó aspectos de mi experiencia de trasplante que eran para mí latentes, pero no obvios, en el ensayo de Nancy. Leer a Ettinger y a Nancy en conjunción me permite plantear que, para quien recibe un órgano ajeno, la alienación viene acompañada por preguntas acerca de nuestra interconexión con un Otro.

A partir de lo que Ettinger propone como el espacio *matricial*, sugiero que, para la persona trasplantada, la convivencia con el órgano ajeno puede operar en el imaginario de maneras análogas a la idea del embarazo: el cuerpo compartido con una entidad que no es una persona, pero que tampoco es parte de lo que acostumbramos a entender como un yo. Ambas experiencias, el embarazo y trasplante, pueden conducir a sentimientos de alienación, rechazo y miedo a la pérdida de la individualidad, pero también pueden presentar un espacio en el que los límites del ser, del *self*, se hacen porosos en el encuentro.

Griselda Pollock (2020) dice del concepto de lo *matricial* en Ettinger que se trata de “subjetividad como encuentro” (Pollock, 2020, p. 1). En palabras de Pollock lo *matricial* relativiza la concepción de la subjetividad a partir de lo fálico al alejarse de la idea de un yo que se constituye a partir de la separación del Otro, a partir de la castración. En lo *matricial* el ser emerge como *transubjetividad* (Pollock, 2020, pp. 1-2). Pollock define *matriz* como “el ambiente en que se desarrolla algo”. En español es sinónimo de útero. Pero como Pollock aclara, en Ettinger la *matriz* es el lugar de hacerse-con (*becoming-with*), y no solamente el lugar en el que

responde al concepto lacaniano de sujeto que se constituye a partir de la castración simbólica y la diferenciación con el Otro por medio de la idea de co-emergencia, la formación simultánea del Yo y el No-yo. La subjetividad emerge al mismo tiempo como diferenciación de y relación con el Otro, y no a partir de un corte radical con ese Otro.

se crea algo nuevo (Pollock, 2020, p. 3). Los seres humanos llevan rastros de la conexión con la madre/Otro en la constitución de su subjetividad y estas huellas se mantienen en sus futuras relaciones con el mundo. Esto supone un giro radical con respecto a las perspectivas psicoanalíticas en que la subjetividad solo puede establecerse a partir de la separación, a riesgo de fundirse en una unidad con el Otro. Pollock aclara que esta concepción de la subjetividad sugiere co-emergencia y coexistencia (Pollock, 2020, pp. 5-7).

En *El intruso*, Nancy escribió abiertamente acerca de su experiencia de un trasplante de corazón, cuestionando los límites de su propia subjetividad: los síntomas de la enfermedad en el cuerpo nos descubren que somos extraños para nosotros mismos, que desconocemos el cuerpo que somos. Propongo entender la experiencia traumática del trasplante cardiaco como una experiencia corpo-Real en términos de Ettinger: una experiencia en la que el cuerpo nos conecta con lo que es “humano después y más allá de lo humano” (Thiele & Witzgall, 2018). El conjugar las ideas de Jean-Luc Nancy con las de Bracha Ettinger para pensar la forma en que dos cuerpos se fusionan en el trasplante orgánico ilumina otras experiencias en las que el trauma se convierte en un espacio de encuentro en el que los bordes del ser conectan en lugar de separar.

Desde la perspectiva de Ettinger es posible ver el trasplante cardiaco como una instancia de *carriance*, de cargar, cuidar y continuar, en que Yo y No-Yo cargan la vida a través de la experiencia del trauma de manera trans-subjetiva.³

Intrusiones

Nancy publicó *L'Intrus* en el año 2000, unos diez años después de haber recibido un trasplante cardiaco (Nancy, 2012, p. 130). Pero antes de hablar del trasplante en sí, Nancy discute el significado de la intrusión y la necesidad de reconocer la alienación que nos produce el encuentro. Su ensayo insiste en el trauma de la diferencia: extender nuestra hospitalidad al intruso supone no borrar esa diferencia, reconocer que nos es ajeno. Poco a poco revela que es esa alienación extrema del otro la que nos permite reconocer hasta qué punto estamos enajenados del propio cuerpo. La enfermedad nos descubre esa enajenación cuando el cuerpo

3. Julián Gutiérrez Albilla, traductor de Ettinger al español, explica el término *carriance* así: “En hebreo, ‘sujeto’ y ‘aquel que lleva o porta al otro’ comparten el mismo término: ‘nosse’. De este modo, el término sujeto no se asocia con aquel que está sujeto (subyugado) sino con aquel que fue portado o portará al otro. La autora israelí inventa el término en inglés ‘carriance’ a partir del verbo ‘to carry’ (portar, llevar), al que agrega una terminación francesa ‘-ance’ para permitir que se escuche tanto portar como ser portado y ser cuidado (*cared-for*). (Gutiérrez Albilla, 2019, p. 19).

se comporta de maneras que nos resultan insólitas. Experimentar el trasplante tras haber descubierto la otredad del propio cuerpo le revela el otro lado de la ecuación: hasta qué punto el yo puede depender del extraño, inserto en su ser en la forma de ese órgano ajeno. Se ha escrito mucho acerca de cómo Nancy discute lo que es al mismo tiempo “una aventura metafísica” y un “fenómeno tecnológico”, la crisis del ser causada por la insuficiencia cardíaca y la hazaña médica del trasplante orgánico (Adamek, 2003; Fynsk, 2002; Gajic, 2015; Hanson, 2002; Wynn, 2009). La crítica al ensayo con frecuencia comenta que tanto el tono de la prosa como el tema resultan íntimamente inquietantes. La intrusión empieza por dentro:

Si mi propio corazón me dejaba, ¿hasta dónde era «el mío», y «mi propio» órgano? ¿Acaso era un órgano? Desde hacía algunos años conocía un pulso, fisuras en el ritmo [...] no mi corazón latiendo sin cesar tan ausente hasta entonces como la planta de los pies. [...]Se me volvía extraño, hacía intrusión por abandono [...]Tenía ese corazón al borde de los labios, como una comida inapropiada. (Nancy, 2012, p. 131).

Esta traumática alienación del yo provee el espacio para recibir al extraño. A un nivel experiencial, un corazón sano no se siente, no se percibe como algo separado del yo. Es cuando el corazón desfallece que “esta ajenidad vuelve a conducirme a mí mismo. ‘Yo’ soy porque estoy enfermo [...] pero el que es ridículo es este otro, mi corazón. Es necesario extraer este corazón intruso de ahora en más”. (Nancy, 2012, p. 132). La enfermedad hace del cuerpo un intruso, pero en el proceso me fuerza a re-conocer el yo. El recibir un órgano ajeno presentará un reto más: forzar al propio cuerpo a no rechazarlo, a aprender a ser con el Otro.

El texto de Nancy resonaba notablemente con mi propia experiencia de trasplante (incluso con poemas que había escrito durante ese periodo, antes de haber leído *El intruso*), excepto por la sensación de conexión con el órgano ajeno y el duelo por la vida de mi donante anónimo.⁴

El trabajo de Julián Gutiérrez-Albilla, “The Im-Possibility of Not-Sharing”, en el que lee los encuentros trans-subjetivos en la película *Todo sobre mi madre* como expresiones del espacio de la frontera matricial me llevó a familiarizarme con la obra de Ettinger. Desde entonces las ideas de la artista y psicoanalista israelí han iluminado para mí las conexiones psicológicas y experienciales que se producen en el trasplante orgánico. La idea de lo corpo-Real como el trauma físico que desata aquello que había sido forluido, complementa la discusión de Nancy acerca del yo fracturado por la enfermedad y el trasplante. Tanto Nancy como

4. Me refiero a los poemas de mi libro *Corazón de hojalata*. (Saona, 2018).

Ettinger ven la experiencia física que disuelve los límites del *yo*, pero mientras que el filósofo francés le abre las puertas a lo ajeno en el *yo*, Ettinger revela la conexión primordial con el Otro. La teoría de lo corpo-Real de Ettinger da pie a una interpretación de Nancy que se abre a la otredad a través del trauma. Ambas perspectivas se complementan al reconciliar alienación y encuentro.

El encuentro matricial

Ettinger, a partir de su experiencia clínica, formula una teoría del *yo* y la subjetividad que no se limita a la relación con el falo lacaniano, que supone que el sujeto emerge en el orden simbólico a partir de la castración. Como mencioné antes, Ettinger propone formas de subjetividad que no requieren la separación radical con el Otro simbólico (Ettinger, 2006a, p. 41). El sujeto ettingeriano emerge en conexión con la madre sin por ello ser absorbido por el cuerpo materno. Mientras que existe una diferenciación entre *yo* y *no-yo*, según Sheila Cavanagh, se establece una sociedad en la diferencia (“partners in difference”), dado que la formulación de lo matricial permite reconocer la otredad en el sujeto (Cavanagh, 2017, p. 5). Ettinger no solo distingue sus propios conceptos del sujeto fálico que debe escindir de Otro; también se distancia de la *sympoiesis* que Donna Haraway propone para los sistemas producidos colectivamente y sin límites espaciales o temporales definidos (Haraway, 2016, p. 33). Ettinger propone una copoiesis que demanda una posición ética que supone lo femenino, lo maternal y lo humano en términos del cuidado y la responsabilidad de compartir el trauma, la alegría, y el dolor implícito en la experiencia de vida (Thiele & Witzgall, 2018). El *yo* no se asimila y disuelve en el *no-yo*: existen conectados en la diferenciación misma.

Ettinger, quien creció bajo el trauma hereditario del Holocausto, propone una forma de ser que atestigua, que es testigo con el Otro, y conecta a través de esa experiencia. El ser co-emerge con la madre, *vínculo a* en lugar de *objeto a* (Ettinger, 2006a, p. 218). La frontera entre *yo* y *no-yo* es más bien vínculo. El sujeto se convierte en el espacio de encuentro que transporta al otro (*carriance space*). Ettinger parafrasea la máxima cartesiana diciendo algo que puede traducirse como “Soy, luego, fui transportada (llevada, cargada, cuidada). Soy, luego, transportaré (llevaré, cargaré, cuidaré)” (Ettinger, 2015, p. 344). Para poder existir como seres humanos fuimos llevados por una madre, conectados con esa Otra primigenia. Nuestra humanidad supone venir de esa conexión y extenderla a otros seres. Debemos reconocer nuestra fragilidad, nuestra vulnerabilidad, nuestra falta de autonomía y la permeabilidad de lo que usualmente concebimos como los límites del sujeto. Si solemos entender el *yo* como un ser único y diferente de los otros, el ser de Ettinger reconoce las necesarias interconexiones con el *no-yo*. En una entrevista Ettinger explica el concepto de *carriance*:

Por llevar/cuidar no me refiero a las nociones psicoanalíticas de continente/ contenido de Bion (véase Bion, 1970). Llevar/cuidar —el sujeto como cuidado y transporte— es algo diferente a la noción de contener; va más allá ... Involucra una noción del sujeto que parte del hebreo en que, etimológicamente, sujeto —*NOSSE*— y cargar (de la raíz N.SH.A), comparten un origen. (Kaiser & Thiele, 2018, p. 104). (La traducción es mía)

El sujeto es, desde su misma aparición, trans-subjetivo. Se convierte en *yo* y adquiere una imagen propia en una red de cuidado. Pero utilizar la imagen de la madre embarazada, no implica ver a la mujer como contenedor de otro ser. Mientras que madre y criatura son dos entidades distintas, se constituyen como tales en su interrelación. A la luz de las ideas de Ettinger, el trasplante puede entenderse precisamente como ese llevar/cuidar: la persona donante (o sus familiares) toman la decisión de ofrecer un órgano vital para quien lo recibe y al hacerlo prolongar, llevar, la vida de la persona beneficiada. Esa persona por su parte lleva en su cuerpo una parte de ese *no-yo*. En este caso ese *no-yo* no es un ser individual sino simplemente un órgano, pero ese órgano sí es una otredad para quien lo recibe: siempre será interpretado como ajeno por el cuerpo que recibe el trasplante y demanda la inmunosupresión del sistema inmunológico de ese cuerpo anfitrión que, sin embargo, no podría vivir sin ese intruso. Como una beneficiaria de un trasplante cardíaco siento la responsabilidad de cuidar a ese órgano que no es mío. No soy un cuerpo autónomo. Participo como testigo de la muerte de mi donante. Soy *yo* y *no-yo*.

Fronteras que no son tales y sus bordes permeables

Tras el trasplante, mi conexión con la vida de otra persona es real y tangible más allá de su muerte. Las distintas etapas de mi enfermedad ya habían ido socavando mi sensación de autonomía: primero, la insuficiencia cardíaca (el cuerpo, el órgano, la enfermedad) presenta síntomas que hacen que moverse y respirar sean experiencias tan alienantes como entrar en la atmósfera de un planeta distinto; luego vienen las intervenciones médicas (químicas, quirúrgicas, mecánicas) que alteran el cuerpo tratando de curarlo; finalmente, el trasplante nos presenta la imagen extrema de que el corazón con el que nacimos es extirpado de nuestro pecho para recibir el de otra persona. Pero hay más: ese procedimiento debe ser acompañado por la supresión del sistema inmunológico para que nuestro cuerpo sea incapaz de distinguir qué nos pertenece y qué es una peligrosa intrusión. Teniendo en cuenta los planteamientos de Ettinger podemos ver cómo el trasplante es ese shock corpo-Real que establece un estado matricial: la destrucción radical de los límites corporales nos conduce de la autorregulación a la *copoiesis*, el generarse con el Otro, de un sistema supuestamente capaz de producirse y

mantenerse a sí mismo a formas de ser en y con el Otro. La fragilización, la vulnerabilidad de quien recibe el trasplante nos descubre que el cuerpo y el ser son porosos. Nuestros cuerpos no son sistemas autosuficientes; estamos conectados a otros cuerpos y sistemas. Al reconocer la alienación en el propio cuerpo, la experiencia del trasplante de corazón revela nuestra coexistencia, nuestro ser-con otros, desde la persona donante y todos sus seres queridos al personal de salud que posibilitó la operación y la supervivencia posoperatoria, hasta las máquinas que mantuvieron el cuerpo con vida y los virus que interactúan con el sistema inmunológico. La inmunosupresión, indispensable para no rechazar el corazón ajeno, convierte al cuerpo en un extraño al hacer indistinguible qué le pertenece y qué no. Para aceptar al corazón ajeno hay que eliminar la distinción entre *yo* y *no-yo*. La supervivencia después de un trasplante hace tangible el hecho de que vivir quiere decir ser vulnerable. Para sobrevivir debemos llevar y ser llevados: aceptar la otredad que nos mantiene con vida sabiendo que nos hace vulnerables. Para vivir necesitamos abrirnos y aceptar el riesgo.

Quien recibe el corazón trasplantado acoge un órgano ajeno. La experiencia de cargar al Otro en el propio cuerpo puede ser alienante y producir un temor a la pérdida del *yo*. Al poner al intruso de Nancy en contacto con la matricialidad de Ettinger propongo una resignificación de la alienación como transformación, una co-emergencia que abre los bordes entre sujetos y entre sujeto y objeto (Ettinger, 2006b, p. 220). La intrusión que Nancy explora en su ensayo tiene la potencialidad de devenir en espacio de conexión.

En mi lectura, las reflexiones de Nancy sitúan su experiencia en lo que Ettinger llama *transport-station* del trauma: la estación o lugar del trauma, pero al mismo tiempo el espacio desde el que el trauma puede ser compartido (Ettinger, 2000, p. 91). El cuerpo de Nancy se convierte en zona de trauma y de encuentro, el lugar en el que las fronteras del ser se abren, donde el *yo* reconoce su propia alienación y acepta al Otro. El trasplante es sin duda el espacio potencial para ese encuentro que Ettinger sitúa en "un umbral, el límite, la frontera de la muerte -o habría que decir de la muerte del *yo*- en vida, donde la vida atisba a la muerte como desde dentro" [la traducción es mía]. (2000, p. 92).

La co-emergencia matricial que propone Ettinger supone precisamente la vulnerabilidad del *yo* que surge cuando los límites individuales son ya insostenibles (2006b, p. 219). Si bien Ettinger no esencializa el cuerpo femenino, el embarazo aparece como el espacio primigenio en el que los bordes individuales se hacen porosos. En *The Matrixial Gaze*, publicado originalmente en 1994, Ettinger presenta la matriz, el útero, como un espacio fronterizo de encuentro y co-emergencia (2006a, p. 54).

El encuentro intrauterino es para Ettinger el proceso en el cual entramos en contacto con el *no-yo* más allá de los procesos cognitivos. El hecho de que este

no-yo no sea un intruso sino, según Ettinger, un participante de la diferencia del yo (Ettinger, 2006a, pp. 54-55) es significativo para mi discusión. En el ensayo de Nancy la fractura del ser causada por la enfermedad lo lleva a pensar los límites de la subjetividad, las fronteras entre el yo y el Otro. Nancy experimentó los síntomas que hacían de su corazón un extraño, los tratamientos para intentar curarlo, la pérdida del órgano, el reemplazo por el corazón de otra persona y, como consecuencia, el imperativo de vivir por el resto de su vida con el sistema inmunológico suprimido. Lo que sugiero es que la catástrofe corporal para Nancy sacó a la luz un proceso matricial, aunque el término parezca totalmente ajeno a su discurso. Mi propia experiencia consistió en un debilitamiento del ser en el sentido de hacer más porosos sus fronteras imaginarias y su autonomía, al punto de provocarme cierta hesitación frente a las expresiones como *yo* o *mi cuerpo*. Esta experiencia conduce a un proceso de aceptación de la otredad que se asemeja a lo que Ettinger denomina “metramorfosis”. La transformación del yo surge a través del encuentro matricial con el Otro. En la matriz emergemos como seres en coexistencia. Ettinger muestra que este proceso continúa informando nuestras vidas fuera del vientre materno, aunque sea con frecuencia reprimido por las estructuras fálicas que aparecen como prominentes en la constitución del sujeto (2006b, p. 220). Lo que veo en Nancy es la forma en que la intrusión del trasplante abre las fronteras del yo para recibir al Otro. El yo no puede subsistir sin el intruso.

Ser con

En *Being Singular Plural* (2000b), Nancy crea una ontología del “con”. El ser solo puede darse como co-esencia. El yo no puede existir sin el Otro. Nancy rechaza la noción cartesiana de un sujeto que se afirma en el pensamiento autónomo e insiste en un co-surgimiento: “Ego sum=ego cum” (Nancy, 2000b, p. 31). Mientras que Descartes asume la existencia a partir de un yo que piensa, Nancy niega que se pueda postular un yo sin la presencia de un Otro. Las preguntas ontológicas para Nancy parten de una realidad material y social: “Nada ni nadie puede nacer sin haber nacido de y con otros que vienen a su encuentro y que a su vez han nacido” (2000b, p. 61). (la traducción es mía). Este “ser con” supone una existencia en la red de otros seres que le hace eco a las ideas de Ettinger de una co-emergencia psíquica del yo y el *no-yo*.

La alienación y el trauma son centrales para la apertura del ser. Esas experiencias conducen a reconocer la intrusión, la diferencia, la transgresión, que al mismo tiempo nos llevan a aceptar el “ser-con”. La metramorfosis matricial de Ettinger concibe formas de inter-, trans-subjetividad que no absorben al *no-yo* en el yo. La idea de conectar las fronteras del ser cuestiona el paradigma fálico que

supone la forclusión de la feminidad como un Otro materno. Su teoría también se distancia de lo Semiótico de Julia Kristeva que tiende a reducir la experiencia materna a lo místico o a lo psicótico (Pollock, 2020, pp. 47-49). Ettinger ve en lo matricial la posibilidad de sentir la unión en diferenciación (2000). En este sentido, vemos resonancias de las afirmaciones de Nancy acerca del sujeto que emerge en la intimidad. Aunque Nancy no se refiera explícitamente a la maternidad, la existencia puede darse únicamente en relación con un otro. La paradoja del ser para Nancy incluye su apertura y su aislamiento. Frente a esta paradoja, es importante considerar las ideas de Ettinger acerca del encuentro con el otro:

Si hablamos del estrato en el que la subjetividad fue un encuentro, o de la subjetividad como encuentro, es a partir del presupuesto de que no hubo nunca un yo sin un no-yo y que desde siempre hemos tenido una trans-conexión necesaria con un Otro que es parte de la subjetividad misma. (La traducción es mía) (European Graduate School Video Lectures, 2012)

Ambos, Ettinger y Nancy conciben la subjetividad como aquello que necesariamente emerge en conexión con otros sujetos. Para Ettinger es precisamente el trauma lo que se presenta como el espacio en el que los límites del yo devienen un umbral de encuentro con el Otro y la subjetividad se revela como trans-subjetiva. Desde su propia experiencia del trauma transgeneracional del Holocausto, Ettinger ha explorado el arte como la estación de transporte del trauma en que no somos únicamente espectadores de la experiencia ajena, sino testigos del sufrimiento y con el sufrimiento del Otro (*wit(h)nessing*). A partir de *El intruso* de Nancy es posible reconocer la alienación del yo experimentada en el trasplante como la posibilidad de entender el ser-con: el trasplante se convierte en esa estación del transporte (*transport-station*) en que conectamos con el Otro en la experiencia traumática.

Si adoptamos la perspectiva de Ettinger del encuentro entre el yo y el no-yo podemos formular el trasplante como un umbral matricial que involucra a quien recibe el órgano trasplantado, a la persona donante y sus seres queridos en un acto de cargar/cuidar (*carriance*). Como espacio matricial el proceso de trasplante se convierte un lugar de *copoiesis*: la subjetividad de la persona trasplantada resurge con la consciencia de la otredad, del órgano ajeno y de la alienación en el propio ser. Hay un desplazamiento de las subjetividades en esa consciencia de hospedar en el propio cuerpo al órgano ajeno y, simultáneamente, depender de ese órgano otro para la supervivencia de lo que se ha entendido siempre como el propio cuerpo.

El trasplante cardiaco es para mí una de esas instancias en que la esfera matricial aparece como modelo de hospitalidad compasiva que transforma los límites de la subjetividad en posibilidades de conectar umbrales de trans-subjetividad.

Transplante como metamorfosis

Leer *El intruso* desde un paradigma ettingeriano nos permite establecer la conexión entre el cuerpo trasplantado y experiencias primarias tanto de emerger como un ser en el cuerpo ajeno (de la madre) como de concebir un nuevo ser en el propio cuerpo. La especificidad fenomenológica del trasplante de órganos puede plantearse como el tipo de trauma que se vive y comparte (*wit(h)nessing*) como una experiencia matricial. En el trasplante cardíaco el cuerpo enfermo falla al punto de comprometer la propia vida: la oxigenación, la respiración, la movilidad. La persona donante ha perdido su vida. Por medio de procedimientos médicos extremos, un órgano muerto se conecta al cuerpo enfermo y éste se reanima. Las drogas que previenen el rechazo orgánico tienen muchos efectos secundarios. Cualquier imagen del Yo, cualquier semblanza de autonomía en el nivel imaginario, ha sido derruida por lo corpo-Real. Mientras otras formas de trauma también pueden constituirse en umbral matricial, la fisicalidad del encuentro de dos cuerpos es innegablemente un espacio de metamorfosis: hay una transformación de subjetividades en el encuentro físico que remeda la "hospitalidad compasiva inaugural" del vientre.

La alienación en *El intruso* de Nancy se da al nivel de un Yo cuyo cuerpo es enajenado por la enfermedad y mantenido con vida por medio de intervenciones médicas y el órgano de otra persona. La muerte de esa otra persona no puede dejar de contemplarse, pues es la condición necesaria para que el trasplante sea posible. La enfermedad y la tecnología médica mismas se convierten en estaciones de transporte, en aquellos umbrales en que se produce la trans-subjetividad con el trauma del Otro, aquello que Ettinger define como matricial.

El trauma, según Ettinger, no es un espacio de escisión total entre objeto y sujeto, sino el límite entre la vida y la muerte, un pasaje de conexión hacia el Otro (2000, p. 91). El borramiento físico de las fronteras del cuerpo autónomo que se produce en el trasplante es ese umbral entre la vida y la muerte. A niveles físicos y ontológicos, la persona que recibe el trasplante habita esa zona. En medio del enajenamiento del trasplante Nancy reconoce la presencia de la muerte:

Así, el múltiple extraño que se entromete en mi vida [...] es la muerte, o más bien la vida/muerte: una suspensión de la continuidad del ser, una escansión en la que "yo" no tiene/tengo mucho que hacer. [...] La cuestión excede mis posibilidades de representación. (La apertura de todo el tórax, el mantenimiento en estado de trasplante, la circulación extra-corporal de la sangre, la sutura de los vasos... [...] Pero sin embargo el trasplante impone la imagen de un paso por la nada, de la salida a un espacio vaciado de cualquier propiedad o cualquier intimidad, o bien al contrario la intrusión en mí de este espacio: tubos, pinzas, suturas y sondas.) (Nancy, 2012, p. 135).

Nancy, al igual que otras personas trasplantadas, enfrenta un estado de suspensión de la vida en el que el cuerpo ha cesado de funcionar autónomamente. La idea, por ejemplo, de que el corazón originario es extraído del cuerpo y de que ese cuerpo tiene que ser mantenido vivo temporalmente por una máquina cardiopulmonar mientras el órgano muerte es implantado en él desafía nuestra idea de lo que significa estar vivo. La subsecuente inmunosupresión, indispensable para evitar el rechazo orgánico, prolonga la alienación al prevenir que el cuerpo reaccione de manera "normal" a los organismos externos: la medicina "disminuye su inmunidad para que el organismo soporte al extraño. Lo vuelve pues extraño a él mismo, a esta identidad inmunológica que es de alguna manera su firma fisiológica. Hay un intruso en mí, y yo me vuelvo extraño a mí mismo" (Nancy, 2012, p. 136). La noción misma del Yo es cuestionable y Nancy encuentra un Yo que se multiplica al decir cosas como "Yo sufro" o "Yo estoy extasiado", un Yo que rechaza y excede la unicidad del ser. El Yo multiplicado desafía los principios de identidad:

"El intruso me expone excesivamente. Me extrae, me exporta, me expropia. Soy la enfermedad y la medicina, soy la célula cancerosa y el órgano trasplantado, soy los agentes inmuno-depresores y sus paliativos, soy el extremo de los hilos de hierro que sostienen mi esternón [...]" (Nancy, 2012, p. 139-140). Con espanto, con maravilla, Nancy confronta una humanidad más allá de sí misma: "El intruso no es otro que yo mismo y el hombre mismo [sic] [...] intruso en el mundo como en sí mismo, inquietante embestida del intruso, *conatus* de una intimidad entumecedora" (Nancy, 2012, p. 140). Paradójicamente lo que es innato es la alienación, aquello que excede los límites del ser. Lo que planteo es que es precisamente a partir de la experiencia crítica que se abre un umbral de conexión (*borderlinking* en la terminología de Ettinger).

Quien recibe el trasplante simultáneamente se enajena de su propio cuerpo y se expone a la conexión con otro. Francisco J. Varela, que hizo tanto por vincular la biología, la neurociencia, las matemáticas y los estudios cognitivos y cuyo trabajo sobre la inmunidad y la autopoiesis inspiró a Ettinger a concebir sus ideas de copoiesis de *carriance* (cargar/cuidar), escribió un conmovedor testimonio fenomenológico de su trasplante de hígado: "Intimate Distances: Fragments for a Phenomenology of Organ Transplantation" (2001). En este texto vemos también esta fragmentación del Yo como un eco de las últimas palabras de *El intruso*:

Vemos la escena desde el margen, tú y yo. Y, sin embargo, solo para mí se refleja en espejos múltiples en cuyos centros estoy cada uno de los que puedo llamar yo, cada uno un sujeto que siente y sufre, que espera una palabra, que se redobra en la imagen del escaner, un fragmento concreto que parece participar conmigo de una mezcla de intimidad y extrañeza (La traducción es mía). (Varela, 2001, p. 260)

Poco antes de su muerte, Varela se pregunta si hay nuevas maneras de ser una persona, en las que partes del cuerpo pueden estar en otros cuerpos, redefiniendo el paisaje y los límites de lo que llamamos cuerpos distintos, singulares (Varela, 2001, p. 261). Las ideas de autonomía, singularidad y límites entre cuerpos como entidades discretas se ponen en cuestión en la manera en que Varela experimenta el trasplante. La experiencia constituye un espacio híbrido que a la vez es corpóreo y descentrado, íntimo e interno, pero a la vez disperso entre la persona donante, quien recibe el trasplante y del equipo médico (Varela, 2001, p. 261). Hay más de dos cuerpos involucrados: toda una historia de experimentación e interacción entre cuerpos. Y la supervivencia de la persona trasplantada depende de renunciar a la inmunidad, aceptar la alteridad en el propio ser.

La extraña intimidad con el órgano trasplantado se traduce para Varela en imágenes de vida intrauterina que yo también experimenté después de mi trasplante. Varela escribe sobre su reacción a las palabras del médico: "Curiosamente sus palabras me hacen sentir mi hígado como una pequeña esfera, como si estuviera cargando a un bebé (recuerdo las imágenes del corazón de mi último hijo latiendo en el vientre de su madre; el recuerdo está teñido con un ligero dolor, definitivamente presente" (Varela, 2001, p. 259). (La traducción es mía). Imágenes similares aparecen en mi propia poesía post-trasplante. La idea de cargar/llevar/cuidar la vida de alguien cuyo rostro no podemos ver y que, sin embargo, nos habita, se manifiesta en distintas formas. A las pocas semanas del trasplante escribí:

*Hoy te llevo conmigo,
parte de mí,
como un hijo,
como renacer,
y ser uno
y ser dos. (Saona, 2017, p. 45)*

Al leer *L'Intrus* un par de meses después del trasplante sentí que Nancy había expresado a la perfección la necesidad de resignificar la otredad del trasplante, pero que había aspectos de mi experiencia que no podían aprehenderse a partir de su ensayo. La metamorfosis de Ettinger nos permite imaginar el trasplante como el espacio matricial tanto del trauma primigenio como de la *jouissance*. La experiencia prenatal se convierte en el discurso de Ettinger en un modelo de encuentro entre el Yo y el No-Yo. *Carriance*, ese término con el que engloba llevar, cargar, cuidar e incluso continuar (*carry-on*) (Ettinger IPAK Centar, 2014; Immunity and Modernity, 2015; Kaiser & Thiele, 2018), le permite a Ettinger expandir nuestra comprensión de la subjetividad. Esta implica comparecer, emerger a la existencia con alguien, llevar y ser llevado. Todos los seres hemos sido gestados de una

manera o de otra. No se trata de un imperativo de la reproducción sexual, sino un reconocimiento ético de nuestro ser-con otros seres. Como seres humanos co-habítamos un espacio dentro y fuera de nosotros mismos.

La teoría de Ettinger nos ofrece una forma de reconceptualizar la experiencia del trasplante cardíaco: de la alienación a las fronteras abiertas del ser. Presenciar nuestra propia alienación y reconocerla con el Otro en nuestros propios cuerpos permite la co-emergencia matricial que nos conduce a una nueva ética ontológica: ser es llevar, transportar. El trasplante le da corpo-relidad al hecho de que la vida de quien sobrevive es sostenida por un órgano ajeno y a su vez esa sobreviviente transporta ese órgano con ella, lo mantiene vivo. Su ser se conecta con otros seres de maneras concretas haciendo tangibles las responsabilidades que tenemos con ellos. Y si bien el trasplante cardíaco nos presenta con un ejemplo concreto del borramiento de fronteras matricial, la reconceptualización de esta experiencia traumática es apenas un ejemplo en que la metamorfosis nos permite reimaginar nuestra humanidad.

Referencias

- Adamek, P. (2002). The intimacy of Jean-Luc Nancy's "L'Intrus." *CR: The New Centennial Review*, 2(3), 189-201.
- Cavanagh, S. (2017). Antigone's legacy: A feminist psychoanalytic of an Other sexual difference. *Studies in the Maternal*, 9(1), 1-33. <https://doi.org/10.16995/sim.223>
- Ettinger, B. L. (2000). Art as the transport-station of trauma. In P. Coessens (Ed.), Bracha Lichtenberg Ettinger: *Artworking 1985-1999*. Palais des Beaux-Arts.
- _____. (2006a). The matrixial borderspace. University of Minnesota Press.
- Ettinger, B. L. (2006b). Matrixial trans-subjectivity. *Theory, Culture & Society*, 23(2-3), 218-222. <https://doi.org/10.1177/026327640602300247>
- _____. (2015). Carriance, copoiesis and the subreal. In B. L. Ettinger (Ed.), *And my heart wound- space* (pp. 343-351). Wild Pansy Press.
- European Graduate School Video Lectures. (2012, April 18). Judith Butler with Bracha Ettinger. Ethics on a Global Scale. 2011 [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=p5O9KsXVpLI>
- Fynsk, C. (2002). L'Irreconciliable. *CR: The New Centennial Review*, 2(3), 23-36.
- Gajic, T. (2015). (Re)Moving the heart: Interiority and intrusion in María Zambrano, Jean Luc Nancy and Claire Denis. *Journal of Spanish Cultural Studies*, 16(4), 397-413. <https://doi.org/10.1080/14636204.2015.1116745>
- Gutiérrez-Albilla, J. (2017). *Aesthetics, ethics and trauma in the cinema of Pedro Almodóvar*. Edinburgh University Press.
- Hanson, S. (2002). The One in the Other. *CR: The New Centennial Review*, 2(3), 203-209.
- Haraway, D.J. (2016). *Staying with the trouble: Making kin in the chthulucene*. Duke University Press.
- Huneault, K. (2018). *I'm not myself at all: Women, art, and subjectivity in Canada*. McGill-Queen's University Press.

- IPAK Centar. (2014, 20 November). Bracha L. Ettinger, Subject, Trust, "Carriance" [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=A3hbixTlncU>
- Immunity and Modernity (2015, July 13). Keynote lecture Bracha L. Ettinger (University of Leuven 28/05/ 2015) [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=t53jVNpVw5A>
- Kaiser, B. M., & Thiele, K. (2018). If you do well, carry! The difference of the humane: An interview with Bracha L. Ettinger. *Philosophia*, 8(1), 101-125. <https://doi.org/10.1353/phi.2018.0005>
- Nancy, J.-L. (1991). *The inoperative community* (P. Connor, L. Garbus, M. Holland, & S. Sawhney, Trans). University of Minnesota Press.
- _____. (2000a). *L'Intrus*. Galilée.
- _____. (2000b). *Being Singular Plural* (R. D. Richardson & A. E. O'Byrne, Trans.). Stanford University Press.
- _____. (2020). *Un trop humain virus*. Bayard Éditions.
- Nancy, J.-L., & Hanson, S. (2002). L'intrus. *CR: The New Centennial Review*, 2(3), 1-14. <https://doi.org/10.1353/ncr.2002.0052>
- _____. (2012). El Intruso. *Nombres*, (16). Recuperado a partir de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/NOMBRES/article/view/2287>
- Pollock, G. (2020). Introduction: Matrix as a sensing-thinking apparatus. In B. L. Ettinger, *Matrixial subjectivity, aesthetics, ethics: Volume I 1990–2000*. Palgrave Macmillan.
- Saona, M. (2017). *Corazón de hojalata: Tin heart*. Pandora Lobo Estepario.
- Thiele, K., & Witzgall, S. (2018, November 6). *Copoiesis and sympoiesis. How can we become more human, how can we humanize?* Bracha Ettinger in conversation with Kathrin Thiele and Susanne Witzgall [Unpublished interview]. Human After Man lecture series. Academy der Bildenden Kunste, Munich.
- Varela, F. (2001). Intimate distances: Fragments for a phenomenology of organ transplantation. *Journal of Consciousness Studies*, 8(5–7), 259-271.
- Wynn, F. (2009). Reflecting on the ongoing aftermath of heart transplantation: Jean-Luc Nancy's L'intrus. *Nursing Inquiry*, 16(1), 3–9. <https://doi.org/10.1111/j.1440-1800.2009.00438.x>

Resumen

Un trasplante cardíaco impacta no solamente las partes materiales, orgánicas, del ser, sino también la consciencia del yo. A partir de mi propia experiencia de supervivencia con un corazón ajeno propongo que el trauma del trasplante revela aspectos de una subjetividad que corresponde a la teoría de lo matricial de Bracha Ettinger: el trauma es un espacio de metamorfosis, del encuentro con la otredad, y de elaboración de una transubjetividad. En su ensayo *El Intruso*, Jean-Luc Nancy' exploró los límites del yo al escribir acerca de su trasplante de corazón, reflexionando acerca de la alienación que significa que la propia vida dependa de procedimientos médicos, máquinas, y, en última instancia, de un órgano ajeno. Para Nancy la experiencia del trasplante reveló la alienación dentro de nuestro propio cuerpo. La perspectiva de Ettinger (y en menor

medida la de Francisco J. Varela), me permite explorar aspectos de esa vivencia alienante desde otra perspectiva, tomando en cuenta la interconexión que el proceso impone con respecto al cuerpo y la vida ajena. El trasplante de órganos al que se acude como un último recurso para sobrevivir, revela la naturaleza porosa del yo, nuestra vulnerabilidad; pero al mismo tiempo, nos conecta y nos descubre la convivencia con el trauma y con la otredad.

Palabras clave: L'Intrus, trasplante orgánico, trasplante cardiaco, matricial, transsubjectividad, Jean-Luc Nancy, Bracha L. Ettinger

Abstract

A heart transplant impacts not only the material, organic parts of the self, but also the consciousness of the self. From my own experience of survival with a foreign heart, I propose that the trauma of transplantation reveals aspects of a subjectivity that corresponds to Bracha Ettinger's theory of the matrixial: trauma is a space of metamorphosis, of encounter with otherness, and of elaboration of a transsubjectivity. In his essay *The Intruder*, Jean-Luc Nancy explored the limits of the self in writing about his heart transplant, reflecting on the alienation of having one's life dependent on medical procedures, machines, and, ultimately, an alien organ. For Nancy the transplant experience revealed the alienation within one's own body. Ettinger's perspective (and to a lesser extent that of Francisco J. Varela), allows me to explore aspects of that alienating experience from another perspective, considering the interconnectedness that the process imposes with respect to the body and the life of others. The organ transplant, which is used as a last resort to survive, reveals the porous nature of the self, our vulnerability; but at the same time, it connects us and reveals to us the coexistence with trauma and otherness.

Key words: L'Intrus, organ transplantation, heart transplantation, matrix, transsubjectivity, Jean-Luc Nancy, Bracha L. Ettinger